

# Nayjama, el Buscador

El Diario, 3 de abril 2017. Ignacio Vera Rada

I

Agudos y afilados farellones de la meseta y la Hoyada se desnudan sobre la vastedad de esta literatura singular y bella hasta lo indecible. ¿prosa poemática? ¿novela? ¿relatos cortos? ¿ensayo? ¿artículos vernáculos? ¿rapsodia telúrica e india? –Ninguno de éstos y todos a un mismo tiempo. Fernando Diez de Medina es un artista axiomático, un verdadero polígrafo. Nayjama es el pedestal (Gran Premio Nacional de Literatura 1950) que consagra al artista merced a su talento de virtuoso escritor y conocedor profundo del espíritu grandilocuente a la par que silente del Ande americano. Recelad del arqueólogo, del antropólogo, del erudito, cuando os digan que han descifrado la teogonía americana. Quizá el arpista tenga el secreto. ¿Quién ha escrutado, quién ha cantado la gesta andina? ...La tierra enclaustra y enciende mil historias.

Vuelvo a los farellones. Son picos erectos que punzan y cortan el aire frío que invita a la meditación melancólica. El cóndor andino, señor de los giros etéreos, les dedica su vuelo majestuoso. Nayjama es el Buscador, el Buscador es Diez de Medina; “¿Pero qué es un Buscador?”, pregúntase el escritor; respóndese al punto: es un perseguidor –y no así un seguidor– de sueños, de gloria; es el alma intrépida que corre tras la savia sabia de la tierra. Si miramos a los clásicos –o ¡al mismo Tamayo!, que es un clásico en alto grado– encontraremos el concepto o la teoría del Genius loci: el alma de la raza es el crisol donde se funde la genialidad amautica de la tierra.

La eminencia lapídea, arcana y poseedora de la gesta andina en su entraña, invita a la reflexión sesuda: sugiere. En cambio el indio y su tierra semivirginal de cromáticos cambios pardos y azulados son más accesibles al pensador y al artista: revelan. El Illimani es el Caudillo titánico, señor inmemorial de la hoya paceña. Él “nos invade con alteza y pesadumbre de cumbre” si permanecemos quietos. Pero invirtamos el pensamiento que lanza el Buscador respecto al Monte níveo: si bajamos, Él se acrecienta; si subimos, Él se aminora. Una digresión necesaria: “Ha pasado una princesa india...” ¡Tawako! La doncella india es la más bella de las que hubo en las etnias prístinas del orbe.

Haced analogías: la mitología de los helenos es sapiencial, la de nuestros pobladores milenarios de la altiplanicie es poética! El Ande está cargado de energías y vibraciones míticas. Sabedlas recoger. Sabedlas arquitecturizar en la solfa lírica. Tañed la rapsodia aimara. Pachamama (Madre Tierra) y Huayratata (Padre Viento) traban lid en la meseta, ambos quieren la supremacía en al área. Coexisten y señorean uno y otro sin embargo. El poblador. “¿Kollas o aymaras, incas o quechuas?”, cavila el Buscador. Los eruditos siguen en discusiones bizantinas. No interesa. Mientras haya una voluntad para auscultar la esencia de los moradores monteses, siempre habrá una ciencia emergente para cantar la historia de los nuestros, de lo nuestro. “Si en algo un son sublime/ se empapa y vibra,/ cual dolor en la fibra/ o eco que gime,/ canto a miriadas,/ auscultad en los Andes/ nuestras Iliadas!”, canta el poeta de América. Y el Buscador siguió el mandato de la seguidilla tamayana para la composición de esta obra.

“Y si el paisaje es una lira intacta a la espera de los dedos que la pulsen, poeta es la mano misteriosa que arranca sonos embrujados a las cuerdas vibrantes del terruño”.

Esta epopeya vernácula proseguirá.

El autor es poeta.

## Nayjama, el Buscador

El Diario, 10 de abril 2017. Ignacio Vera Rada

Aquí poco valen las erudiciones científicas. En lo mítico está la nativa cifra sapiencial. Fernando Diez de Medina, el más poeta y el más cultivado de los escritores de la insurgencia literaria vernacular boliviana, sella su Nayjama con este final que hoy reseñamos, o, mejor, coreamos. Porque su prosa es melodía autóctona.

“Soy la Aurora Matutina:/ tu búsqueda está cerca”, dice el Khantati-Ururi: el Buscador está ya próximo... Solo la Montaña Tricúspide sabe las palingenias del terruño indio, a ella debe acudir siempre en la meditación el Buscador. Illimani destella al foráneo con su soberbia alba y rosa al sol, ¡con su cima de un tríplice perfecto! Es ineludible citar, nuevamente, al bardo clásico e indio: Tamayo. “El alma de estos montes/ se hace hombre y piensa”; ¡Genius loci! Sentid orgullo, moradores andinos, de la energía creadora que el genio telúrico os brinda. Nuestro Guillermo Francovich la llamó “mística de la tierra”. La misma significación general; cuestión de exquisiteces lingüísticas nada más.

El más grandioso de los montes tenía que ser también el más solemne; ¿quién no sintió saudades al contemplar los tres picos rosas (en los atardeceres) y las áureas cimas (cuando el sol monta al meridiano) del Coloso del Ande? Illimani es también Mallku-Kaphaj, el cóndor poderoso.

Haced analogías. La Apacheta es para el indio lo que el oráculo para los griegos.

Tiwanaku. Urbes megalíticas. El Buscador llegó a esta ciudad de piedra cuando “el sol caía a plomo”. Con la misma altivez de las montañas, más allá está La Puerta del Sol, con sus glifos huraños que recelan del investigador y no entregan su secreto. Ni aymaras ni quechuas conocen la raza que hizo estas arquitecturas dignas del más entendido geómetra. Quizá Tiwanaku sea uno de los arcanos más profundos; los sabios siguen en polémicas y han acordado en dividirlo en cuatro periodos. En su obstinación, el Buscador seguía auscultando y realizábase a sí mismo preguntas en un soliloquio desesperado cuando una silueta lapídea, un monolito, se le acercó y le dijo: “¡Calla intruso! Aquí se mira y se intuye. El sabio reflexiona, el ignorante debe enmudecer”. Los tiwanakus no entregan fácilmente sus claves históricas, la única fuente para inquirir su cultura es la piedra. Finalmente el Buscador se dio cuenta de que la belleza de Tiwanaku es precisamente su misterio ineluctable.

La cadena montañosa sigue revelando sus portentos. Sigue Illampu. Se le llamó también el Sorata, y si Illimani invita a la nostalgia, Illampu pasma por su inaccesibilidad. Es el volcán mayor; domina a los demás montes por su ancianidad. La mitología andina le llamó Inti-Llamphu, el lecho donde el sol reposa, morada de los dioses. Quién no quedó maravillado después de ver esa gran figura alba y cónica. Como la Montaña Tricúspide, la Morada de los dioses también tutela a sus pies una urbe, y es un valle alegre y riente: Sorata, el Edén andino...

Sajama: el Rebelde; Wayna Potosí: el Joven Bramador; Mururata: el Descabezado. Así es la epopeya de los montes que bellamente desfilan en el orbe. En esta teogonía también intervino Thunupa, el Enviado. Pero haremos la crónica de la tragedia de Thunupa en otra ocasión.

El canto de Nayjama acaso se condense en la seguidilla de otro poeta: “El alma de estos montes/ Se hace hombre y piensa./ Tramonta un ansia inmensa/ Los horizontes./ Y en luz huraña/ Más de una sien transflora/ ¡Una montaña!”.

Así termina el libro de Nayjama, el Buscador.

El autor es poeta.